



**JESÚS SALVADOR  
DE LOS SERES HUMANOS**

# **JESÚS SALVADOR DE LOS SERES HUMANOS**

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:  
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

**[www.eresbautizado.com](http://www.eresbautizado.com)**

**<https://www.facebook.com/eresbautizado>**

**Primera Edición**

**ABRIL 2017**

**5,000 Ejemplares**

# **DIOS CREÓ AL SER HUMANO A SU IMAGEN Y SEMEJANZA PARA QUE VIVIERA FELIZMENTE EN LA TIERRA.**



Jesús vino a enseñar a los hombres que Dios, su Padre, es

nuestro Padre, nos ama y quiere nuestra felicidad y, por medio de nosotros, continúa enseñando a los hombres, dándoles poder para continuar extendiendo su Reino en la Tierra. Haciendo la voluntad de Dios experimentamos su paz en nosotros y tienen cumplimiento las palabras de Jesús.

Y dijo: Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del

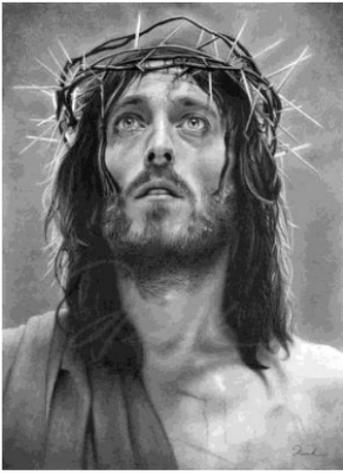
cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo.

Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó.

## **EL PECADO HA SEPARADO A LA HUMANIDAD DE DIOS.**

Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios. El Pecado trae como consecuencia La Muerte Espiritual y por ende La Muerte Eterna.

Porque la paga del pecado es la muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor.



DIOS nos Ama y por eso envió a JESUCRISTO para que seamos salvados del Pecado y de La Muerte Eterna.

Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de Él.

Debes de Creer y Recibir de Corazón a JESUCRISTO como tu SEÑOR y SALVADOR para poder obtener la Salvación.

¿Qué afirma entonces? La palabra está cerca de ti; la tienes en la boca y en el corazón. Ésta es la palabra de fe que predicamos: Que, si

confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo. Así dice la Escritura: Todo el que confíe en Él no será jamás defraudado.

Ciertamente les aseguro que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no será juzgado, sino que ha pasado de la muerte a la vida eterna.

Si te has apartado del SEÑOR y quieres regresar, debes confesar tus pecados ante DIOS y ÉL te perdonará.

Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad.



Te invito a realizar la siguiente Oración para Recibir a JESUCRISTO como SEÑOR y SALVADOR de tu vida.

SEÑOR, reconozco que he pecado, me arrepiento y te pido perdón por cada uno de ellos. Creo que JESUCRISTO murió y resucitó para yo poder obtener la Vida Eterna y desde ahora lo recibo como SEÑOR y SALVADOR. Gracias Señor por Salvarme, en el Nombre de JESÚS, amén.

Si has hecho esta oración de corazón te felicito y te doy la bienvenida a la Familia del SEÑOR.

El bautismo simboliza la muerte de nuestra manera de vivir anterior y el comienzo de una nueva vida como hijos de Dios. Tanto el

bautismo como los pasos que hay que dar antes de bautizarse son el medio que Dios nos ha dado para aceptarnos como sus hijos y tener una conciencia limpia.

Jesús dijo que pocos se salvarían porque la puerta es estrecha y el camino es estrecho, y pocos son los que la hallan.

La Voluntad de Dios es que todos nos salvemos, que imitemos a Jesús en nuestra vida diaria, que cumplamos su santa y perfecta voluntad, que veamos su Providencia en el tiempo presente y que amemos a nuestro prójimo como Él nos ama. Cuando preferimos nuestra voluntad a la suya, pecamos o debilitamos nuestra propia voluntad.



Por su vida, muerte y resurrección, Jesús nos mereció el que el Espíritu Santo habite en nosotros y, por la gracia de este

Espíritu, somos capaces de alzarnos por encima de nuestra voluntad y nuestros deseos y vivir en la suya, en su Paz y en su Amor.

Vemos que hay dos factores que actúan en la salvación:

La Voluntad del Padre es: que todos nos salvemos.

Jesús obtuvo dicha salvación derramando su preciosa sangre.

El Espíritu colma nuestra alma de gracia, dones y frutos para santificarnos.

Debemos querer ser salvados y usar este deseo para cumplir la voluntad del Padre.

Debemos hacer uso de los frutos de la Redención arrepintiéndonos de nuestros pecados, recibiendo la Eucaristía, el Bautismo, la Confesión, la Confirmación y los demás sacramentos que nuestro estado de vida requiera.

Debemos ser fieles a la Iglesia, crecer en la Fe, la Esperanza y el Amor, cambiar nuestras vidas y hacer que Jesús sea conocido como Señor por nuestra vida de santidad.

La Trinidad desea, que cada uno de nosotros se salve. Pero, a menos que aceptemos dicha salvación, por medio de un humilde arrepentimiento y una amorosa adhesión a su voluntad, no podremos obtenerla.



El único pecado del cual Jesús afirma que no puede ser perdonado es el de no admitir nuestras faltas

delante de Dios. Dios no puede perdonar a un pecador que no reconoce su pecado. Existen ahí dos voluntades opuestas: Dios requiere el arrepentimiento, de tal forma que pueda perdonar, mientras que el pecador debe rechazar y admitir que tiene algo que deba ser perdonado si estas bendiciones no se dan se crea entonces un aislamiento espiritual que puede acabar en el rechazo eterno de Dios por parte del alma. Muchos piensan que la aceptación de Jesús como nuestro Salvador es suficiente para ser salvados, pero, Jesús mismo asegura lo contrario: “No todo el que me diga Señor, entrará en el Reino de los



Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre Celestial. Aquí encontramos una condición necesaria para la

salvación y esa condición consiste en que debemos hacer la voluntad del Padre. Debemos estar firmes en esa Voluntad, cuando seamos llamados, porque Jesús mismo nos recuerda que: “aquel que perseverare hasta el fin se salvará.” No debemos presumir con respecto a nuestra salvación. No podemos posponer nuestro cambio de vida para mañana o para la adultez, porque quizás no haya un mañana. Jesús murió por nuestros pecados, pero esa muerte no nos dio licencia para pecar. Su muerte nos hizo merecedores

de llevar su mismo Espíritu en nuestras almas. Esta residencia nos hace Templos de Dios. Llevamos su Divina Presencia en nosotros a donde vayamos. San Pablo les dijo a los Corintios: “Examinaos vosotros mismos si estáis en la fe. Probaos vosotros mismos. ¿No reconocéis que Jesucristo está en vosotros? A no ser que os encontréis ya reprobados.” El pecado profana el Templo de nuestras almas. Hace de ella una “cueva de ladrones”. Aquel que mantenga una vida de pecado y a la vez confiese que Jesús es el Señor, es un hipócrita, porque Jesús no es Señor de un Templo de cuyo umbral brota maldad, y eso es una blasfemia. La Gracia de Dios se muestra perfecta en la debilidad. Por ello, nunca debemos temerle a la nuestra. De hecho, esta debilidad determinará de qué forma daremos gloria a Dios por toda la eternidad. Mientras

más nos despojemos de aquellas debilidades y formas que no corresponden a la voluntad de Cristo, más semejantes nos hacemos a Él. Este es el proceso de la santidad, un constante crecer por medio de un rápido y humilde arrepentimiento de nuestras faltas y una confianza en su misericordia. El verdadero cristiano tiene la certeza moral de que la misericordia de Dios siempre estará a su alcance. Sabe que Dios es su Padre y que este amoroso Padre hará todo lo que está en sus manos para reservarle un lugar a su hijo en su Reino. El aspecto incierto de la salvación no está en la parte de Dios, sino en la parte de la criatura. Debemos tener una esperanza a prueba de todo en la misericordia de Dios para con nosotros, y una actitud humilde de corazón, que prudentemente desconfía de uno mismo. El conocimiento personal nos

hace comprender que es necesario ser vigilantes y San Pedro nos advierte: “Sed sobrios y velad, porque vuestro enemigo el Diablo ronda como león rugiente buscando a quien devorar.” Pedro sabía por su propia experiencia que incluso después de haber confesado con sus labios que Jesús era el Hijo de Dios, incluso después de haber estado con él, de haber recibido las llaves del Reino, aún era posible caer en lo más profundo del abismo. Si no hubiera sido por su corazón amoroso y arrepentido, Pedro hubiera acabado como Judas. A través de las Escrituras vemos esta santa y prudente cautela acompañada de una profunda confianza en Dios, como Padre misericordioso. Dios y el alma cooperan juntos y se vuelven uno solo en mente y corazón.

